

# *La ideología del poder en Tartessos*

MARTÍN ALMAGRO – GORBEA\*

**P**ocos temas de la Historia de la España Antigua han atraído tanto el interés en todas las épocas como el mítico y casi desconocido reino de Tartessos. Citado ya en la Biblia, este mundo semifabuloso desapareció antes de que llegara a ser suficientemente conocido por los escritores griegos y romanos de la Antigüedad, lo que acrecentó su carácter legendario contribuyendo a que se convirtiera en un tema tópico, comparable a la leyenda de “Eldorado” surgida tras el descubrimiento de América a partir del siglo XVI, en la que la ficción desbordaba y enmascaraba una realidad histórica de tierras desconocidas con fabulosas riquezas en metales preciosos.

Sin embargo, las investigaciones actuales confirman cada día mejor la existencia de Tartessos, gracias al descubrimiento de sus poblados, necrópolis y creaciones artesanales, lo que ha permitido conocer su cultura, que representa uno de los ciclos históricos de mayor interés en la Península

\* Académico de la Historia. Catedrático de Prehistoria de la Universidad Complutense.

Ibérica, ya que constituye el inicio del proceso que, en la transición desde la Prehistoria a la Antigüedad, dio lugar al nacimiento de una sociedad urbana, proceso cuya culminación se alcanza con la Romanización.

Hasta estos últimos 25 años, el conocimiento sobre Tartessos se basaba en las fuentes escritas de la Antigüedad, cuya imprecisión histórica llevaba a interpretaciones muy discutibles, entre las que destacaban las del estudioso alemán Adolf Schulten, un discípulo de Theodor Mommsen que intuyó la importancia del tema, aunque cayendo en una visión neo-romántica que hoy se considera a medio camino entre la Literatura y la Historia.

Pero una serie de afortunados hallazgos arqueológicos, entre los que destaca el de la necrópolis de La Joya en Huelva, el tesoro de El Carambolo en Sevilla, el monumento de Pozo Moro en Chinchilla, Albacete, o la población de Torre de Doña Blanca, en Puerto de Santa María, al otro lado de la Bahía de Cádiz, la antigua ciudad fenicia, han permitido conocer las casas, sepulturas, joyas y demás elementos que ofrecía aquella singular cultura de marcado carácter oriental situada en el extremo “Far West” del Mundo Antiguo. En fechas aun más recientes, la identificación de “palacios” como el de Cancho Roano, en Zalamea de la Serena, Badajoz, han contribuido a avanzar en el conocimiento de su estructura social, permitiendo comprender su interesante evolución socio-política e ideológica, basada en un sistema monárquico de tipo sacro orientalizante, que, a partir de fines del siglo VI a.C., desaparece al transformarse en monarquías heroicas como las ibéricas, surgidas por efecto de estímulos indoeuropeos y griegos en un proceso de gran interés que puede ser comparado con el de otras culturas del Mediterráneo en la Antigüedad.

La formación del mundo tartesio-ibérico debe encuadrarse en el marco geográfico y cultural de las tres grandes corrientes culturales y étnicas que, a partir del Bronce Final, desde fines del II milenio a.C., afectaron a las diversas regiones de la Península Ibérica, dando lugar a distintos procesos de etnogénesis reflejados en la Arqueología y la Lingüística. Una de estas corrientes representa la continuidad de los contactos atlánticos desarrollados a lo largo de la Edad del Bronce entre todas las regiones occidentales de Europa, desde las Islas Británicas a la Península Ibérica. Más importantes son los elementos de origen ultrapirenaico relacionados con los pueblos celtas que constituían el principal componente étnico y cultural de la Europa Central y Occidental. Pero la corriente de mayor trascendencia acabó siendo la mediterránea, ya que este mar, cuna de la civilización, fue la vía de llegada de fenicios, griegos, púnicos y romanos cuyos sucesivos procesos coloniales, en perspectiva histórica, pueden considerarse un profundo proceso de avance hacia la vida urbana, que supuso una paralela “mediterraneización”, transformando el substrato prehistórico al dar lugar a la formación de los pueblos conocidos por los historiadores de la Antigüedad. De todos ellos, destaca Tartessos, situado en la parte occidental y central del Valle del Guadalquivir hasta la zona de Huelva, zona que ofrecía el mayor desarrollo cultural y demográfico de la Península Ibérica, pero también incluía otras regiones circundantes, como el Alentejo y el Algarve portugués, Sierra Morena e, incluso, la Baja Extremadura.

En este contexto histórico surge la cultura tartesia como fruto de una temprana aculturación fenicia a partir del siglo IX a.C., aunque contactos con el Mediterráneo Oriental se documentan ya desde fines del II milenio. Este origen explica su pertenencia a la España mediterránea a pesar de su ubicación en el Suroeste peninsular y de que estaba abierta al Golfo de Cádiz, lo que permitió su

paralela apertura al mundo atlántico y a las regiones centrales y occidentales de la Península, de cuyos ricos recursos era la salida al mar.

A pesar del indudable interés y de la belleza de las creaciones del artesanado tartésico, como evidencian sus espléndidas joyas, el hecho de mayor interés histórico en estos últimos años ha sido el conocimiento de la estructura social y la ideología del mundo tartésico, gracias al descubrimiento de elementos arqueológicos como estolas de guerreros, palacios y necrópolis y a la interpretación de interesantes tradiciones míticas tartésicas llegadas hasta nosotros, que, aunque carecen de valor como relato histórico, documentan la mentalidad y el ambiente cultural que las creó. Estas tradiciones permiten rastrear en Tartessos un substrato ideológico indoeuropeo muy primitivo con una organización social de clases de edad con ritos iniciáticos sobre el que debieron incorporarse creencias y usos de origen oriental, en gran medida llegados a través de la colonización fenicia.

Pero los mitos también mencionan la existencia de *curetes*, jóvenes guerreros que habrían sido los primeros habitantes del *saltus Tartessiorum*, esto es, de los territorios salvajes de Tartessos antes de que Habis fuera rey, lo que refleja una concepción anterior a la monarquía sacra orientalizante que debió perdurar en áreas marginales, pues grupos de guerreros similares, generalmente asociados al lobo, se documentan por toda la Hispania prerromana. La estructura socio-ideológica anterior al influjo fenicio ha quedado igualmente documentada gracias a una tradición de estelas decoradas con guerreros aparecidas en Extremadura y Andalucía, que reflejan la formación en el Bronce Final de nuevas élites rectoras interpretables como el precedente de las tartesias y basadas en poder personal de tipo carismático, a modo de caudillos o *duces*. Estas estelas ofrecen objetos lujosos de origen oriental que evidencian nuevos usos sociales y una nueva ideología que refleja el creciente poder político de las élites indígenas y su boato para resaltar su estatus social, con armas y carros de parada, vajilla de bronce para banquetes de hospitalidad, esenciales en aquella sociedad, instrumentos musicales, que evidencian la introducción de música y canto por aedos especializados en banquetes, fiestas y funerales, peines de marfil y espejos, etc. Estas costumbres ilustran la ideología de las élites dirigentes de las poblaciones tartesias del Bronce Final, evidencian un refinamiento superior a lo hasta ahora supuesto, lo que facilitaría su apertura al mundo colonial fenicio, con la consiguiente introducción de nuevos ritos y usos sociales, proceso que cristaliza en un jerarquía cada vez más ritualizada que acabó por dar lugar a una “monarquía sacra”, característica del Tartessos orientalizante.

*La realeza tartésica según las fuentes históricas.* Un análisis actual de la estructura socio-ideológica del mundo tartesio-ibérico, exige valorar, en primer lugar, los datos que aportan las fuentes escritas. Las primeras noticias sobre una monarquía en Tartessos podrían ser las recogidas en fuentes orientales, ya que cada vez parece más evidente que la *Tarschisch* bíblica se fue identificando con lo que hoy entendemos por Tartessos. Estas referencias orientales se completan con las transmitidas por el mundo clásico, gracias a la relación de Tartessos con los griegos de Focea, descubridores del Occidente. Su presencia queda documentada por hallazgos de estos últimos años, especialmente en la zona de Huelva, que ilustran las referencias históricas sobre Tartessos transmitidas por Herodoto, quien explicita la existencia de un *basileús* o monarca y confirma la historicidad del rey Argantonios, beneficiario del comercio focense, narrando su *philia* o amistad con los griegos basada en el mutuo beneficio y, seguramente, en el deseo de contrarrestar el poder fenicio aprovechando la crisis de Tiro.

Pero lo más significativo es que Herodoto indica que su forma de gobierno era tiránica, como señala Aristóteles para las monarquías orientales como la persa de su tiempo, en contraposición a las formas griegas democráticas con asambleas de ciudadanos que limitaban la autoridad de quien mandaba. De este hecho se deduce que el rey de Tartessos era un soberano absoluto de tipo oriental, que ostentaba todo el poder, como se deduce de su capacidad de ofrecer a los focenses para asentarse las tierras de su reino que quisieran.

*Ideología de la realeza en la mitología tartesia.* Junto a estos textos históricos, la mitología tartésica proporciona una información de indudable interés sobre la estructura ideológica de aquella cultura. Dichos relatos, aunque no recogen acontecimientos históricos, reflejan la mentalidad cultural de quienes los crearon, lo que es más significativo para el investigador actual.

El mejor testimonio es el conocido mito de Gárgoris y Habis, reyes fundadores de la monarquía tartésica, recogido en la Historia Universal de un escritor de fines del siglo II de la Era, Justino, quien sintetizó la obra de un historiador de época augústea, Pompeio Trogo. El relato se sitúa tras la creación del mundo y las luchas de los titanes y los dioses, y narra cómo Gárgoris, descubridor de la miel, tuvo un hijo incestuoso, Habis, al que mandó matar entregándole a las fieras y arrojándolo al mar. Sin embargo, salvado por los dioses, tras vivir entre los animales a modo de iniciación, fue cazado y llevado a Gárgoris, quien lo reconoció como heredero. Ya rey, enseñó a cultivar la tierra con el yugo y el arado, base de la subsistencia urbana y de la civilización, y dictó las primeras leyes organizando con ellas la sociedad.

Gárgoris se relaciona con una sociedad primitiva caracterizada por la iniciación y la caza en fatrias guerreras que vivirían al margen de la sociedad, sistema de vida considerado anterior a la vida agrícola y urbana, aunque su asociación a las abejas, símbolo de Astart, divinidad dinástica documentada en Tartessos, supone el reconocimiento de la realeza y del trabajo servil simbolizados por estos animales, por lo que representa una concepción de la vida anterior a la civilización.

Habis también ofrece inicialmente rasgos de héroe de la naturaleza salvaje, pues nace al margen del orden social y vive una etapa iniciática fuera del territorio de la ciudad, esto es, de la civilización, siendo criado por una cierva y respetado por los animales, por lo que es la encarnación del *despòtes therón* o “Señor de los animales” tartesio.

Sin embargo, Habis simboliza la lucha entre la vida salvaje, que personifica Gárgoris, y el nuevo orden querido por la voluntad divina, que lo impuso como rey a pesar de ser hijo incestuoso y de la total oposición paterna, por lo que el mito resalta el origen divino de la dinastía hereditaria, una idea característica de una monarquía sacra como la tartesia.

Habis, como rey, representa el nuevo orden social, pues dio leyes y sometió al pueblo a las mismas, institucionalizando las clases sociales y el trabajo servil característico de la sociedad urbana gentilicia. Por ello, el mito de Gárgoris y Habis, padre e hijo, expresa un doble modelo de sociedad y de concepto del poder y de la monarquía, aparentemente opuestos, pero que en realidad son complementarios, como ya evidenciaron los trabajos de Julio Caro Baroja y José Bermejo, no sólo por pertenecer a una misma sociedad y cultura, la tartesia, de tipo agrícola, ordenada y regida por un poder real, sino, sobre todo, porque este doble modelo refleja un aspecto esencial de la visión cosmológica que los tartesios tendrían de la vida y del origen del mundo y la monarquía, según la

cual se habría pasado por voluntad divina de la vida salvaje preurbana estructurada en clases de edad a una monarquía sacra de tipo oriental, ordenadora y dueña de una sociedad, estructurada en clases sociales y ciudades.

*Palacios y reyes sacros.* La sugestiva visión que se deduce de los textos míticos resulta coherente con los datos que ofrecen los textos históricos analizados pero también con los que ofrece la Arqueología. En efecto, para comprender la organización sociopolítica y la estructura ideológica del mundo tartésico ha sido esencial la reinterpretación como palacio del interesante monumento de Cancho Roano, descubierto en Zalamea de la Serena (Badajoz), interpretado inicialmente como un santuario pero que parece haber tenido la función de residencia de un dinasta y su familia, siendo el centro de producción económica y del ejercicio del poder político, ya que la función esencial del palacio en Oriente era la de ser la sede del culto a la divinidad dinástica y a los antepasados, cuyo apoyo divino era el fundamento del poder, por lo que tendría carácter sacro.

Los recientes análisis del territorio prerromano confirman indirectamente esta interpretación, pues las *reglae* o residencias palaciales, como sede de los pequeños reyes que controlarían la sociedad, estarían situadas en la población principal ubicada en el centro de sus respectivos territorios, permitiendo deducir una organización política de ciudades-estado regidas por dinastías de carácter sacro.

Esta organización política e ideológica del mundo tartésico se debe relacionar con su estructura económica, que estaría basada en el carácter sacro del *rex*. El monarca tartésico, como representante de la divinidad, era el poseedor del palacio y, teóricamente, del territorio y de sus habitantes, pues su papel sería esencial para la fertilidad de la tierra y la conservación de las reservas alimenticias de la comunidad, según creencias de origen oriental extendidas por todo el Mediterráneo oriental, desde Fenicia y Chipre a Etruria y el Lacio hasta la lejana Tartessos.

En estas creencias orientalizantes hay que destacar la importancia que debieron tener los cultos dinásticos regios, como ha evidenciado Cancho Roano. En efecto, el palacio sería, ante todo, la sede del culto a la divinidad dinástica y a los antepasados, constituyendo su santuario su centro ideológico al celebrarse en él los ritos destinados a mantener la protección divina del rey, de su familia y, por extensión, de toda la sociedad, fundamento del poder en Oriente como tan bien refleja la Biblia. En la monarquía fenicia el rey era de origen divino, “hijo de *Ilu* (dios)”, siendo sus divinidades protectoras las de la ciudad. Por ello *Melkart*, divinidad poliada de Tiro, ostentaba el título de “Baal de Tiro” o “rey de la ciudad” y de *archegétes* o “fundador” de la dinastía y de la ciudad, por lo que este tipo de divinidad se ha considerado acertadamente como una hipóstasis mitificada del modelo ideal del soberano fenicio, considerado fundador, protector y señor de la ciudad, siendo por ello inherente su función sacerdotal, como resulta evidente en los reyes de Paphos, Sidón, Tiro o, incluso, de Israel.

La estrecha relación del soberano con la divinidad supone una concepción teocrática del poder, que radicaría en la divinidad que lo administraba a través del rey, cuyo carácter sacro fundamentaba su poder político. Su residencia sería el palacio, desde donde controlaba directamente buena parte de la economía y la organización social y donde podía estar, como en Ugarit, la tumba de sus antepasados a los que se dedicaba un culto especial, como en Ebla. Por ello, era esencial el culto a los *Rephaim* o antepasados del rey, de carácter más o menos divino o heroizado, ya que eran los protectores de su

familia, así como del palacio, de la ciudad y su población y de la fecundidad agraria. Estas creencias orientales permiten comprender la estrecha relación de los palacios orientalizantes tartesios con los cultos funerarios y confirman el fuerte influjo oriental en la arquitectura, en los ritos vinculados al culto a los antepasados regios y, en conclusión, en la monarquía sacra tartésica.

*El ocaso de Tartessos: ¿una crisis socio-ideológica?*. La cultura orientalizante tartesia alcanza su *floruit* hacia la segunda mitad del siglo VII e inicios del VI a.C., pero su proceso de desarrollo se vio condicionado por los acontecimientos históricos del Mediterráneo durante el siglo VI a.C., como el asedio de Tiro, la gran metrópolis fenicia, por Nabucodonosor de Babilonia y la emergencia de Persia como gran potencia heredera de los imperios orientales, con la consiguiente conquista persa de Focea, metrópolis de los griegos de Occidente, que además fueron derrotados en la batalla de Alalia (Córcega) por una coalición de etruscos y cartagineses, éstos herederos del poder de Tiro.

A partir del tercer cuarto del siglo VI a.C. la crisis se hace patente al acabar bruscamente el comercio griego en Huelva, desapareciendo algunas poblaciones y las grandes tumbas orientalizantes tal como evidencian los hallazgos arqueológicos. También el palacio orientalizante de Cancho Roano, destruido a fines del siglo V a.C. por un incendio ritual, refleja la profundidad de la crisis final del mundo tartesio. Sin embargo, su dueño poseía una panoplia como símbolo de estatus guerrero, lo que supone una novedad frente a la concepción sacra del poder orientalizante que trasluce una nueva ideología heroica de la élite tartésica seguramente surgida de su propia dinámica social, siguiendo un proceso bien documentado en Grecia, Etruria o Roma, donde las aristocracias ecuestres del mundo arcaico jugaron un papel esencial en la desaparición de las monarquías.

La aparición de estas élites aparece asociada a un creciente proceso de iberización en la cultura material y, en las zonas más afectadas por el influjo griego y por una ideología heroica de origen indoeuropeo afín al mundo celta, resulta evidente el uso del caballo como elemento definidor del estatus de estas nuevas aristocracias, lo que explica que caballos y jinetes sean elementos característicos de la escultura ibérica a partir del siglo V a.C., representados en sus *heroa* y monumentos funerarios conmemorativos de los antepasados dinásticos mitificados. Estos monumentos ofrecen influjos de un estilo artístico griego arcaico que indica la presencia de artesanos de origen heleno, indicio del apoyo que los griegos habrían prestado a estas monarquías heroicas por ser más afines a su cultura frente a las monarquías sacras orientalizantes, más afines al mundo feno-púnico.

Estos cambios socio-ideológicos debieron influir decisivamente en la evolución de la sociedad tartesia permitiendo comprender la evolución sufrida por Tartessos a lo largo del siglo VI a.C., que, unida a la conflictiva situación del mundo colonial, que incidiría de forma paralela, debió suscitar la profunda crisis en la que, en el lapso de una o dos generaciones, su fastuosa sociedad orientalizante desapareció sustituida por estructuras aristocráticas heroicas. Esta crisis local acentuada por la general del ámbito mediterráneo colonial debió ensombrecer el siempre mal conocido extremo Occidente del mundo entonces conocido, contribuyendo de este modo a la formación de la visión fabulosa que, a partir de entonces, se generalizaría durante toda la Antigüedad.

Las nuevas monarquías se basaban en una concepción ideológica diferente. Frente a la autoridad sacra de la monarquía orientalizante de origen divino, el poder de la monarquía heroica radicaba en la pertenencia a un grupo gentilicio descendiente de un antepasado mítico heroizado, generalmente de carácter guerrero. Este cambio ideológico refleja un nuevo concepto de las élites rectoras y queda atestiguado por la transformación del ritual funerario y por la aparición de los citados grandes *heroa* ibéricos con escultura monumental para resaltar a sus antepasados míticos, como los de Porcuna o Elche. Dicho proceso supuso un profundo cambio ideológico y religioso que quedó reflejado en la separación del santuario y el palacio, que pasaron a ser construcciones independientes. Esta evolución se manifiesta en la comparación del palacio sacro de Cancho Roano, cuyo santuario dinástico es el núcleo del edificio, con un conjunto arquitectónico interpretable como una *regia*, descubierto en la Isla de Campello, en Alicante, cuya asociación palacio-santuario en edificios independientes hace pensar en otros casos documentados por el Mediterráneo, como los de Larissa del Hermos en la Grecia oriental o el de Acquarosa en el Lacio, que se han explicado como reflejo de una evolución ideológica por la que la divinidad pasó de ser pertenencia de la familia del dinasta y “habitar” en su palacio a serlo de toda la sociedad, pasando, en consecuencia, a tener su propia sede, el templo, ya diferenciado de la residencia regia.

\* \* \*

Como conclusión, es evidente que el análisis del sistema ideológico y de poder de Tartessos ayuda a comprender la lógica evolución de este ciclo histórico tan fascinante desarrollado en las áreas meridionales de la Península Ibérica en la primera mitad del último milenio a.C., permitiendo aproximarnos a la mentalidad de aquella sociedad y comprender los cambios socio-ideológicos ocurridos como consecuencia de su evolución hacia estructuras progresivamente urbanas. Su evolución trasluce un complejo substrato cultural e ideológico, evidente en santuarios y cultos funerarios, con elementos mediterráneos con fuertes influjos fenopúnicos a los que se asociaron otros indoeuropeos y helénicos, que tendieron a converger dentro del mencionado proceso de urbanización que manifiesta la Cultura Ibérica.

Por lo tanto, la personalidad ideológica de Tartessos y el mundo ibérico, radica en su doble origen y en la singular asociación de elementos como ajuares y estructuras funerarias y santuarios, que dependía de la evolución de su substrato y de los influjos culturales recibidos del mundo fenicio. Estos elementos, aunque aisladamente considerados ofrecen ciertas analogías con diversas culturas de la Antigüedad que, en su conjunto, reflejan un proceso único que permite explicar su evolución socio-ideológica desde su propio sistema cultural, aunque, al mismo tiempo como es lógico, éste quedó enmarcado dentro del contexto histórico del Mediterráneo en la Antigüedad. Gracias a ello, el proceso evolutivo de Tartessos resulta comparable con el de otras culturas mediterráneas, especialmente de Grecia y del mundo itálico, aunque dado su mayor alejamiento de los focos culturales del Oriente y del Egeo, refleja una evolución más tardía y menos intensa, lo que explica que sus estructuras sociales o ideológicas no alcanzaran un desarrollo plenamente urbano hasta la romanización.